

Todos los hombres aspiran á contribuir con sus energías, para formar esa masa general de adelantos que se llama progreso; pero en el sentido de que cada quien tenga su recompensa. Así vemos al filósofo y al naturalista, al físico y al químico, etc., arrancando á la naturaleza sus secretos en provecho de la humanidad que agradecida deja esculpidos en imperecederos monumentos sus nombres, y ésta es la mayor aspiración que los mueve. Ahora bien, los hombres del porvenir tienden á concluir con esas recompensas.

Si examinamos á fondo el móvil de toda acción humana, nos persuadiremos que en primer término es el egoísmo del yo, esto es, antes que el bien ageno buscamos el nuestro, y á eso se debe esa constante energía que nos mueve á ejecutar hasta las más peligrosas acciones. Así v. g. el que se entrega al descubrimiento de una verdad científica, el que estudia las leyes sociológicas que rigen á la humanidad, se desvela por presentar al mundo el fruto de sus trabajos para recibir la admiración de la posteridad. De igual manera obran esos hombres que ponen en acción tantas energías humanas para construir obras gigan-

tescas, como las que hoy admiramos y que forman el progreso material del mundo. Todos, en último resultado, son guiados más ó menos por el egoísmo del yo, y esta es una verdad incontrovertible.

Desde que el hombre llegara á adquirir la convicción de que sus trabajos no serían recompensados, se entregaría en brazos de la inercia, pues, como hemos dicho antes, el principal móvil de sus acciones es el egoísmo del yo. Así el hombre laborioso que á fuerza de trabajo y economía levanta el capital suficiente para poder llamarse rico, no intentaría sacrificarse para nada si se persuadiera que sus trabajos no redundarían en su propio provecho.

## VII.

Como el positivismo tiende al ateísmo, y como por otra parte el hombre no puede vivir en una sociedad organizada sin la creencia en el Ser Supremo, se desprende de esto que esta doctrina filosófica jamás puede hacer feliz á nadie.

Ahora estudiemos la influencia benéfica que la Iglesia católica ejerce en el mundo, y nos persuadiremos que es tanto más in-

dispensable su intervención en estos tiempos, cuanto que la humanidad está en inminente peligro de entrar en un período de disolución social.

En efecto, ¿puede alguien desconocer esa falta de equilibrio que se nota en cuanto á las aspiraciones humanas? La sociedad, que hoy se llama civilizada presenta un aspecto tétrico, amenazante. Por un lado se admira la grandeza, la acción deslumbrante del poderoso, y por el otro, la miseria, la desnudez del desvalido, que con lágrimas en los ojos mira derrochar su fuerza material que es explotada por el rico.

Ningún porvenir se alza para el pobre que cada día se funde más y más en las profundidades del olvido, y la filosofía positivista encarnándose en todos los poderosos, ¿qué deja para el necesitado?

Si el rico llega á tener piedad del pobre, es tan sólo porque sabe que todos somos hermanos, creados con iguales derechos, y que la voluntad soberana de Dios ha dispuesto las cosas como las vemos. Ahora bien, el positivismo arranca en el hombre este concepto, enseñándole su derivación desde el mineral hasta su estado actual.

Por eso miramos esa indiferencia glacial con que el acaudalado trata al miserable, á quien no le queda otra esperanza que dirigir su humillante actitud á la caridad cristiana que ha sido siempre el bálsamo reparador de las miserias humanas. Sí, esa caridad que aun puede apreciarse hoy, porque todavía quedan verdaderos cristianos; es la única que ofrece su amparo al desvalido que es empujado por el turbulento oleaje de la ambición actual.

Podrá decirse que en todos los países existen asilos para el necesitado, casas de beneficencia pública, etc., y preguntaremos, ¿á quién se deben estas instituciones, sino al espíritu evangélico? Esos son los valiosos monumentos del cristianismo que no se han echado por tierra; pero si, como no lo deseamos, el mundo prosigue su vertiginosa carrera en alas del positivismo, entonces todo acabará, porque abolido el concepto de que todos somos hermanos, y por consecuencia nos debemos mutua protección, cada quien dirá lo que acostumbra decirse en un ejército derrotado: «sálvese quien pueda.»

Condición tristísima es la de los desamparados por la fortuna en estos tiempos

en que sienta sus reales el descreimiento, que lo arrolla todo, en que el hombre mide su valer por la riqueza que posee y quién en su sed insaciable de adquirir dinero lo sacrifica todo. Sed que adquiere por el miedo de quedarse atrás y esto le hace mirar á sus semejantes con la más profunda indiferencia.

El cristianismo enseñando al hombre que sólo es un peregrino en el mundo, y que no debe atesorar para la tierra sino para la vida eterna, la vida positiva, borra en él esa codicia desmedida por llegar á la riqueza, y así da lugar á que esta se distribuya en el mayor número posible de personas. Hace más, propone el comunismo; pero el comunismo voluntario, no ese acto salvaje de arrebatar la fortuna á su legítimo dueño, como pretende el comunismo moderno.

Las sociedades que funda el cristianismo, viven más dichosas y felices, que las que se han separado de él, aunque estas representen mejor el progreso.

En efecto, si miramos atentamente cuál es el lugar que al hombre corresponde en esa impetuosa acción de la sociedad que constituye el progreso, notaremos fácil-

mente, que este, en último resultado, viene á ser la víctima de tanta grandeza, de tanto adelanto. Porque, ¿de qué sirve al desvalido, que carece de lo preciso para la vida, esas grandes empresas ferro-carrileras, mineras, de navegación, con todo lo que la ciencia pone á disposición del constructor de los buques modernos, las invenciones asombrosas en todos los órdenes del saber humano, si falta para el equilibrio social, lo indispensable, la verdadera filantropía, ese amor á la humanidad, tal como lo pregonaba la Iglesia católica?

En el mundo actual lo único que vale es el dinero, siendo el individuo, cosa muy secundaria. Esto naturalmente despierta en el hombre un egoísmo nunca visto, y á eso se debe que cada día se haga más dolorosa la vida del pobre.

Es verdad que con la actividad que hoy se despliega en la sociedad se proporciona trabajo al necesitado; pero y con esto, ¿quedará satisfecha su aspiración? Ahora vemos reconcentrarse la riqueza en pocas manos, lo que da por resultado que se aumenta cada día la miseria pública. Y como el mal no tiene remedio, dada la falta de principios religiosos que debían

normar la ambición humana, el hombre se desborda hasta el absurdo para encontrar el equilibrio que ansía.

El mundo nos fascina con sus conquistas en orden á la política, las artes y las ciencias; pero sólo notamos una cosa, que mientras más progresos encontramos, más dificultad también notamos en la vida. ¿Y esto, por qué?

Desde que el hombre abstraído de toda idea religiosa, ha comprendido que lo único que puede darle personalidad en la gran evolución humana, es la riqueza material, esto es, la posición del dinero; no se detiene en los medios de adquirirlo, y de allí esa lucha sin tregua de aspiraciones que no pueden conciliarse. El hermano gira contra el hermano, el amigo contra el amigo, y todo en la sociedad anda desbordado tan sólo por el interés de adquirir dinero.

No es para menos el caso, dada la necesidad que hay de elevarse, porque de otro modo queda fundido el individuo en ese enjambre de menesterosos que nada valen en el mundo. ¡Condición triste para los desamparados de la fortuna, que ven levantarse negros nubarrones ante su porvenir, y no les queda otro recurso que reco-

nocer el origen de su desgracia en la irreligiosidad del hombre. Sí, á esa se debe el estado actual.

Si lanzamos una mirada retrospectiva hacia el pasado, y estudiamos el estado social de aquellos tiempos, notaremos que el hombre, antes de recibir la luz divina del cristianismo, se encontraba en el mismo estado de miseria en que hoy se va colocando á medida que se aparta de ese faro luminoso que lo guía en su vacilante paso.

En todos los tiempos ha habido pobres; pero la condición de estos no ha sido siempre la misma, y así podemos estudiar su evolución desde la más remota antigüedad, hasta nuestros días, para hacer comparaciones que se aproximen á la verdad en lo posible.

Desde que se fundaron las primeras sociedades, natural es suponer, dada la heterogeneidad de energías de los individuos, que aquellos, cuyas dotes físicas y morales eran superiores, se irguieran sobre los demás, y así fueron experimentando los hombres la presión social que hasta hoy pesa sobre ellos. Pero esta presión puede ser menos dura, ó llegar á ser abominable,

según que sus factores sean ó no modificados, y á eso ha tendido siempre el cristianismo desde su aparición.

Los pobres de la antigüedad, si sufrían el látigo de los tiranos y déspotas, si perdieron por el abuso de la fuerza los derechos propios del hombre, tenían sin embargo, el consuelo de poseer el máximum de igualdad, porque era reducido el número de los tiranos y déspotas en todos los órdenes, y así la presión social de aquellos tiempos puede considerarse más llevadera que la de esta época, en que son muchos los tiranos y déspotas, en que pesan horriblemente sobre el pobre miles de hombres que influyen directa y generalmente en la vida social.

En efecto, ¿quién puede desconocer las entidades que aplastan á los pobres? «Yérguense sobre el rancho, como dice una eminente escritora, el oficial facultativo; sobre el engrasador de máquinas, el eminente mecánico; sobre el vendedor ambulante, el comerciante establecido, que sostiene vastas relaciones mercantiles; sobre el mozo que limpia el polvo de un gabinete de física, ó de historia natural, de un observatorio astronómico, el profesor que penetra

los oscuros misterios de la Naturaleza, induce de la constitución de nuestro globo su modo de ser pasado, y sabe la organización de los animales microscópicos y de los astros que giran á millones de leguas; sobre el que no pensó nunca lo que debe á los otros y le es debido, el que medita sobre la filosofía del derecho; sobre el que se mueve sin sospechar siquiera qué relaciones armónicas tienen los que viven en la misma sociedad, el que profundiza todos los problemas sociales; sobre el que lleva espuestas de tierra en una obra, el ingeniero que la dirige; sobre el que casi no reflexiona jamás, el que vive meditando las grandes cuestiones de la Cosmología, la Psicología y la Metafísica.» ¿Veis cuánto pesa sobre el pobre?

Si el mundo antiguo necesitaba su pronta regeneración, por los lastimeros ayes de los oprimidos que desconociendo la inmensa mole que tras sí lleva hoy la presión social, ¿cuánto no se necesitará en estos tiempos, en que desencadenadas las aspiraciones humanas no queda otra esperanza al desvalido, que desear la muerte, para salir de esta vida ingrata?

Nada valen para el que sufre los horro-

res de la miseria, las más hermosas conquistas de la política, de las artes y de las ciencias, toda vez que estas engendran á los tiranos que lo han de oprimir. Ningún provecho saca de la decantada emancipación política, si su personalidad, aunque nivelada por la ley, es, sin embargo nula y de ningún valor en el orden social. Porque ¿de qué sirve al pobre saber que tiene iguales derechos á todos si adquiere la convicción de que son meras utopías las que se le ofrecen en el orden político?

En efecto, ¿quién puede dudar que hasta en los países altamente republicanos, los que más influyen en el gobierno, son los poderosos? Y ¿quién puede desconocer que los derechos del pobre se reducen á nada, cuando tiene en contra alguno de aquellos? De manera, que no aprovechando más que á la parte acomodada de la sociedad, las conquistas en el orden político, el pobre se queda en la misma situación que antes. Y como esta situación en el estado de civilización es mil veces peor que en el estado salvaje, porque se aleja mucho del máximo de igualdad que aquellos poseen, se deduce de aquí que hoy más que nunca el mundo necesita regenerarse para no es-

tallar. Ahora bien, el único medio de la regeneración se encuentra en el cristianismo, que predica la libertad humana, el comunismo voluntario, que enseña al hombre la unidad de su especie, y que dependiendo todos de Dios, este es quien dirige de un modo secreto al mundo.

Cuando recordamos los primitivos tiempos de la Iglesia católica, ¡qué bellos ejemplos de abnegación encontramos entre aquellos bárbaros que recibían la luz esplendorosa del cristianismo! ¡qué sublime espectáculo presentaba aquella sociedad naciente, en que todo era amor al prójimo, y en que todos entonando el himno religioso al Ser Supremo marchaban con paso firme hacia el ideal que perseguían.

Revolucionarios en el campo moral, no se detenían en su espíritu de conquista, ante el horror del tormento, ni ante las maquinaciones de los tiranos. Aspiraban la regeneración del hombre, y cualquier sacrificio que fuere necesario lo hacían con el mayor placer. Deseaban cambiar la faz de aquellas sociedades, y así les vemos valerosos desafiar la iniquidad y fuerza de sus verdugos.

Era porque, si bien es cierto, el mundo

marchaba en alas del progreso, faltaba, empero, lo principal, lo indispensable á su bien y felicidad (la libertad del hombre.)

Conquista que ha costado tanta abnegación, tanta sangre, desde el Calvario hasta nuestros días, si se tienen en cuenta las misiones al extremo Oriente. Mas ¡ay! doloroso es decirlo. Esa sangre derramada no aprovecha á todos; y así puede suponerse que esos mártires del cristianismo en mero siglo XIX, no llevan más mira en su afán de propagar los santos evangelios, que el de servir á Dios que los envía á regiones ignotas á difundir su divina palabra. ¿Podrá desconocerse este fenómeno social?

Los misioneros que hoy parten desde Europa y las Américas para esos países incultos, llevan la moderna ilustración, y con esta predicán á los pueblos, que aun no tienen ni siquiera idea del cristianismo, esa buena nueva, que infaliblemente los hará cambiar por completo de estado social. Ahora preguntamos, por qué, sin embargo del desprecio que se hace á la Iglesia católica, esta es la única que puede hacer variar las costumbres y el estado social de esos países, que aunque tienen su ilustración, no están, sin embargo, á la

altura de los ya civilizados por el cristianismo? ¿Puede haber otro medio de atraerlos para ponerlos á nivel? La experiencia nos demuestra que las misiones nada más han podido facilitar á las grandes potencias su entrada en esas vastas regiones desconocidas antes para el mundo.

Hemos puesto de manifiesto, en nuestro concepto, la benéfica influencia que hasta hoy ejerce la Iglesia católica en el mundo, así como el daño que el positivismo moderno ocasiona á la sociedad, y así puede asegurarse sin temor de errar, que ésta es el faro luminoso que guiando á la humanidad en sus pasos vacilantes, la conduce á su bien y felicidad; que es ella la única esperanza de los gobiernos seriamente amenazados, y la que puede regenerar al mundo de nuevo cuando esté á punto de sufrir el desquiciamiento á que es conducido por las ideas modernas.

Hoctún de 1899.

*Ignacio Gamboa.*

